

de 41 pesos por columna de  
dados con firma de persona  
inferior cualquier género de

la compañía no dará los Partes de la continuación de la Fila de la última pieza, no quedará pri-  
os Partes de la.

¿que no quiera asistir?

La *Prensa* de Buenos Aires, re-  
contralando de amigos de su-  
propiamente en el Salto, dice  
que por cartas llegadas del Uru-

...del Salto donde estaban de-  
...de armas armamento.  
...plan el Gefe Político del Sal-  
...D. Donato Alvarez, jefe mi-  
...Cono rida, un auxilio de fier-  
...armamento) cayere en manos  
...mandó entonces un vapor de

...ualidades, el referido Gefe Po-  
á Montevideo, con armamento  
erno Oriental; á cuyo efecto  
apor Siler.  
...diado hasta Martin Garcia por  
argentino:  
...deza la guerra, solo sobre es-

**Arroyo Negro**—Desesos de la ciudad de Amigos de la Educación que se empeñan por restablecer la escuela en el Arroyo Negro y una casa para el maestro.

La reunión es combi-  
nar los medios  
de la escuela y co-  
ordinar los vecinos del Arroyo Seco  
en tal sentido, no dudamos  
que los hará la Comisión

...ta pone por el presente en co-  
sario del Arzobispo Seca, que si la  
e cerrada desde hace pocos días,  
o que de ella hizo su preceptor  
Comisión Directiva tiene el pro-  
Escuela 34 y de proponer a su  
alidad, contando, como antes,

interés en el mantenimiento. Es en esta virtud que invirtieron en la educación de la hija mencionada, á una reunión el Domingo 5 del corriente, á en la misma casa que ocupa la objeto de uniformar las opiniones con conveniencia al fin preindi-

... dirigió el preceptor al aban-  
 contestación que mereció de la  
 da la Educación Popular por el  
 ...  
 faltado la Comisión á lo que mo-  
 desde hoy de dar clase y si-  
 nes escritas las lecciones ya...  
 mo Seco. 94 de Mayo de 1873.

... de la Educación Popular...  
... intermedio, Octubre 2 de 1873.  
...  
... de la Sociedad de Amigos  
... lar, se ha enterado de la nota  
... ber, que ha dejado de dirigir la

Comisión Directiva ofrece a los  
revelas, un aumento de sueldo,

...ejercicio de su cargo, las per-  
...Es un caso de crecido  
...a Comisión le sirve para recitar  
...idad de los muestros.  
...d, se le negó el aumento, que  
...que la Comisión conside-  
...la hecho creedor a él; fue por-

... para que la Comisión "accediera" a los términos de este acuerdo, los principios bastante severos para ser empleados en sueldos mal pagados, también los abandono re-

...y respondiendo a la realidad de  
pueda originarse la clausura de  
minutos, verificada de modo tan-  
tado, en consecuencia, la comu-  
nidad Directiva no puede recibir  
d. la entrega previo inventario  
les en ella existentes. Para que

**A. Berry, Secretario.**

ramos con el título de "simonismo" del Salto. Es aquí lo que me interesa. El Salto llegó ayer tarde a las 10 y media y quedé en la sala. En estos días los Urbanos dicen: ¡en nuestra Adolana es una pena no poderme menos de aplaudir! La olla... Un nuevo scapebo.

...eralmente, en Buenos Aires,  
según el vulgo poeblan algunas  
...del tipo de...  
...amiento iba en su carro de  
...tecos ranjaneros,  
...a, deduce su febril y mira

La mirada de un carrero tiene para  
sin mas dilacion ordena, a sus  
man a la cárcel.

Un viajero de Buenos Aires, dice: que  
verdadero motivo del castigo  
es el grave delito de haber tra-  
bajado, impidiendo por un momen-  
to a la justicia.

...los generales. Esto pertenecía a  
nos Aires, pero en el momento  
contra el Presidente ha sido  
en momentos antes de llevarse a  
de la noche el Sr. Sarmentino  
a un joven desahogado, hablando con

... una casa que desandó por mil llaves  
... indios cuyo propósito era ayudar  
... de la vida de los que en el  
... de la vida de los que en el  
... de la vida de los que en el  
... de la vida de los que en el

Dr. D. Federico Abadía re-

En la misma tarde del Evangelio  
 "Nuestro Amor" y esas palabras  
 al respecto del Arzobispo me  
 impresionaron profundamente y me  
 ayudaron en todo y por todo. Un  
 momento después, que no se acuerda

[illegible]



19  
L  
COMPANY  
Lao  
Compagnie  
y Li-  
o, Lis-  
y Li-  
o, Lis-  
raho,  
aboy  
raho,  
oy  
an-  
asia  
lle-  
a en

28  
15  
18  
20  
rã-  
des-  
rom.  
lin-  
por  
ara  
con.  
201







—En nombre de sir James, conde de... Edward se ha inscrito con ese nombre en el hotel de España: es una precaución...  
—Pero para qué servirá eso después?  
—Para que el reverendo Patterson nos separe más la cuestión.  
Es necesario saber si por acaso no han preso recientemente a algún individuo que haya tomado el nombre de Hecambale.  
Y llegados al telegrafo, Marmouset escribió:  
«Bolonia, 7 de la mañana.  
«Hecambale ha salido para Londres a media noche, vía de Calais.  
«Joven, pequeño, rostro pálido, bigotes negros. Una mujer le acompaña, etc.  
«Diablos exclamó Milon que estaba detrás de Marmouset y leía por encima del hombro, no me figura que escribas así tu carta al señor...  
—Tengo mis razones para ello, respondió Marmouset.  
Y volvió inmediatamente al hotel a esperar la respuesta del reverendo Patterson.  
XV  
Marmouset no esperó mucho tiempo.  
No había una hora que se había de vuelta en el hotel de España, cuando llegó un despacho telegráfico dirigido a sir James Wood.  
El detective Edward que como hemos visto, había tomado su nombre, recibió naturalmente el telegrama. El reverendo Patterson decía lacónicamente:  
«Está bien. ¡Y miss Ellen!  
«Al leer esto, Marmouset miró a Milon sonriendo. «Ya ves, le dijo mostrándole el telegrama, que Hecambale se burla de ellos.  
—Empiezo a creer así, respondió Milon, pero...  
—Pero qué?  
—Hay una cosa que no me es posible comprender.  
—¿Cuál?  
—Por qué habéis dado vuestras señas en el telegrama?  
—Para que podáis prenderme más fácilmente.  
—¿Queréis hacerlos prender?  
—Sí, en Londres.  
—¿Con qué objeto?  
—Con el de que me conduzcan a Newgate.  
—Ahí ya, para ver a Hecambale...  
Naturalmente; y para recibir sus órdenes: porque si la nota de los periódicos, como persiste en creerlo, emana de él, lo ha hecho en la suposición justa de que sufriríamos su idea, y que haríamos hasta lo imposible por penetrar en el encierro en que se halla.

—Ahí dijo Milon, lo más difícil no es entrar en Newgate.  
—Es salir, añadió riéndose Marmouset.  
—Precisamente, repuso Milon.  
—Yo saldré sin embargo, y aun me darán además mil escudos.  
—¿Cómo conseguireis eso?  
—Haciendo que me reclame la embajada de Francia.  
Y después de un momento de silencio, añadió Marmouset sonriendo:  
—Mil pasado es tan remoto, contando con la existencia al vapor de la sociedad en que vivimos, que no recuerdo ver aparecer ya la menor traza. Hace más de seis años que vivo digna y ostensiblemente a la luz del sol de la vida parisíense.  
—Lo que es eso, es verdad, dijo Milon.  
—Para la sociedad en general, no me llamo Marmouset, sino Mr. Félix Pettavin, un nombre elegante que pertenece al Jockey-Club, que posee magníficos caballos, tres o cuatrocientos mil libras de renta, y del que respondería, en caso de necesidad, toda la sociedad aristocrática de París.  
—Eso es también verdad, añadió Milon.  
—Ahora bien, prosiguió Marmouset, hay además en mi favor, el que me hallo en estrechas relaciones con el joven marqués de C... primer secretario de la embajada francesa en Londres.  
—No es eso malo, dijo el coloso.  
—Así, dejaremos buena y dócilmente que me prendan.  
—¿Y luego?  
—Tal vez será necesario que yo pase al menos dos o tres días en Newgate...  
—Fien, pero, ¿y después?  
—De pues, tras a la embajada y entregaré una carta que voy a escribir, y otra para el marqués de C...  
Este relato que Marmouset y Milon tenían lugar en la sala común del hotel de España, tuvo en el cuarto donde Marmouset había pasado la noche.  
Marmouset se sentó pues a una mesa, tomó la pluma y escribió la carta siguiente:  
«Querido marqués:  
«Parece que nuestro bello país de Francia no es el solo que tiene el privilegio de poseer un criminal invisible e insalvable, un Jaf fantástico.  
«La poderosa Inglaterra tiene también el suyo.  
«De vez en cuando, absolutamente como en Francia, un agente de policía, hijo de un gendarme estúpido echan la garrá a un pobre hombre, se olvidan en tomarlo por ese Jaf, que no ha existido jamás probablemente, y lo encierran sin querer escuchar su justificación.  
«Tal es mi historia, querido marqués, en el suelo de la libre Inglaterra.  
«Un polizón ha creído ver en mí uno de esos feroces imaginarios que habitan el sueño de los venerables lóres que duermen en la Cámara alta.  
«En vano he enseñado mis papeles, mis títulos, mi correspondencia; todo en vano: nadie ha querido oírme y se han obstinado en darme el nombre singular de Hecambale.  
«Apenas tengo tiempo de escribir estas líneas, que envío a mi desolado ayuda de cámara, y me voy forzado a ir a dormir a Newgate.  
«El polizón en cuestión hacen bien las cosas, que hasta me asegura que será ahorcado aquí a tres semanas.  
«Por fortuna vos estáis en Londres y os apresuráis a reclamar al propietario de miss Arabella, la celébre yegua que, como sabéis, ha ganado este año el derby de Chantilly.  
«Vuestro afectuoso amigo,  
«FÉLIX PETTAVIN.  
«Guarda esta carta, dijo Marmouset, quien, antes de cerrarla, había dado conocimiento a Milon, y toma también esta otra.  
«Muy bien.  
«Tres días después de mi encarceración, harás llegar esta carta a la embajada.  
«Pero es necesario preverlo todo, dijo Milon.  
—¿Qué?  
—Es necesario prever el caso de que el marqués no se halle en Londres.  
—¿Ahí eso no tiene duda; está allí.  
—Seguramente.  
—Hace tres días que le estreché la mano en el Club, y aquella misma noche partió para ir a ocupar su puesto.  
Entonces está bien.  
El papel de Milon así trazado, Marmouset llamó al detective Edward.  
Llegado este, le dio el modelo de los dos despachos que hemos visto.  
Uno de ellos estaba autorizado con la supuesta firma de James Wood, y era el que el reverendo Patterson recibió fechado de Bolonia, dándole a entender que miss Ellen seguía bien guardada.  
El otro, firmado por Edward, debía ser expedido desde Newgate.  
—No comprendo bien el objeto de este despacho, dijo el detective.  
—Es muy fácil de comprender sin embargo, respondió Marmouset.  
Después de recibido el telegrama anterior, el reverendo ha debido advertir a la policía.  
—Es verdad.

Y a estas horas hay un número respetable de polizones en todas las estaciones.  
—También es probable.  
—Si yo quiero gustar de curules y ocho horas de libertad en Londres, es necesario que me esperen por la línea de Douvres, mientras que yo me dirijo por el tren de Folkestone, que voy a tomar dentro de una hora.  
—¿Y qué debo decirle?  
—Nada, respondió sir Edward.  
—Ahora, escuchadme.  
—Vos vais a tomar por Calais, a desembarcar en Douvres y enviar de allí ese segundo telegrama. Después partireis para Londres y, apenas llegado, os presentareis en casa del reverendo Patterson.  
—¿Y qué debo decirle?  
—Que me habéis dejado en Douvres, vigilado por dos polizones, y que vais a tomar sus órdenes.  
—¿Y dónde os encontraré después?  
—Mañana a la noche en Evans Tavern, en Covent Garden.  
—Allí me tendréis, dijo sir Edward: y se fue en seguida a tomar el tren de Calais.  
En cuanto a Marmouset y sus compañeros, todos se embarcaron en el paquete de las doce; y dos horas después estaban en camino para Londres.  
La audacia y la sangre fría de Marmouset habían acabado por inspirar entre conductores a miss Ellen. Así, también murmuraba ahora:  
«¡Oh! sí, empleo a creer que lo salvarémos.  
XVI  
Ahora bien, mientras que el detective Edward se dirigía a Calais, para de allí tomar por Douvres y Londres, Marmouset se había embarcado con Vanda y miss Ellen en Bolonia, había desembarcado en Folkestone, y tomado inmediatamente el tren de Londres.  
Milon había corrido a sus demás compañeros en el paquete de la mañana.  
Los sabemos que Milon, Marmouset y Vanda, con sus perfectos conocimientos de la policía, con toda perfección el inglés.  
A partir del momento en que pasaron el pie en el paquete inglés, estaba convencido que Vanda y miss Ellen por su parte, y Marmouset y Milon por otra, no se hablarían, y formarían dos grupos separados.  
En Folkestone, Vanda y miss Ellen, que pasaba por su crida y que estaba tan bien disfrazada, con su vestido de estameña y su pañolito normando, que el mismo lord Palmer no hubiera podido conocerla, Vanda y miss Ellen decidieron, entraron en el vagón reservado para las señoras.  
Milon, al dejar a Bolonia había enmendado sin el menor escrúpulo su bella librea.  
Cuando llegaron a Londres, Vanda y miss Ellen bajaron en la estación de Cannon Street y Marmouset y Milon se dirigieron al tren que pasó dos veces sobre el Tamesis antes de llegar a Charing Cross.  
Vanda debía ir a vivir a una casa de huéspedes situada en la City, cerca del Post Office.  
Marmouset y Milon por el contrario, fueron a alojarse al Strand, al hotel de las Tres Coronas.  
Al desembarcar en el andén de la estación, Marmouset había contado siete u ocho polizones.  
—Esto habla con nosotros, dijo Vanda del lado de Milon.  
—¿Y qué debo decirle?  
—Nada, respondió sir Edward.  
—Ahora, escuchadme.  
—Vos vais a tomar por Calais, a desembarcar en Douvres y enviar de allí ese segundo telegrama. Después partireis para Londres y, apenas llegado, os presentareis en casa del reverendo Patterson.  
—¿Y qué debo decirle?  
—Que me habéis dejado en Douvres, vigilado por dos polizones, y que vais a tomar sus órdenes.  
—¿Y dónde os encontraré después?  
—Mañana a la noche en Evans Tavern, en Covent Garden.  
—Allí me tendréis, dijo sir Edward: y se fue en seguida a tomar el tren de Calais.  
En cuanto a Marmouset y sus compañeros, todos se embarcaron en el paquete de las doce; y dos horas después estaban en camino para Londres.  
La audacia y la sangre fría de Marmouset habían acabado por inspirar entre conductores a miss Ellen. Así, también murmuraba ahora:  
«¡Oh! sí, empleo a creer que lo salvarémos.  
XVI  
Ahora bien, mientras que el detective Edward se dirigía a Calais, para de allí tomar por Douvres y Londres, Marmouset se había embarcado con Vanda y miss Ellen en Bolonia, había desembarcado en Folkestone, y tomado inmediatamente el tren de Londres.  
Milon había corrido a sus demás compañeros en el paquete de la mañana.  
Los sabemos que Milon, Marmouset y Vanda, con sus perfectos conocimientos de la policía, con toda perfección el inglés.  
A partir del momento en que pasaron el pie en el paquete inglés, estaba convencido que Vanda y miss Ellen por su parte, y Marmouset y Milon por otra, no se hablarían, y formarían dos grupos separados.  
En Folkestone, Vanda y miss Ellen, que pasaba por su crida y que estaba tan bien disfrazada, con su vestido de estameña y su pañolito normando, que el mismo lord Palmer no hubiera podido conocerla, Vanda y miss Ellen decidieron, entraron en el vagón reservado para las señoras.

Milon, al dejar a Bolonia había enmendado sin el menor escrúpulo su bella librea.  
Cuando llegaron a Londres, Vanda y miss Ellen bajaron en la estación de Cannon Street y Marmouset y Milon se dirigieron al tren que pasó dos veces sobre el Tamesis antes de llegar a Charing Cross.  
Vanda debía ir a vivir a una casa de huéspedes situada en la City, cerca del Post Office.  
Marmouset y Milon por el contrario, fueron a alojarse al Strand, al hotel de las Tres Coronas.  
Al desembarcar en el andén de la estación, Marmouset había contado siete u ocho polizones.  
—Esto habla con nosotros, dijo Vanda del lado de Milon.  
—¿Y qué debo decirle?  
—Nada, respondió sir Edward.  
—Ahora, escuchadme.  
—Vos vais a tomar por Calais, a desembarcar en Douvres y enviar de allí ese segundo telegrama. Después partireis para Londres y, apenas llegado, os presentareis en casa del reverendo Patterson.  
—¿Y qué debo decirle?  
—Que me habéis dejado en Douvres, vigilado por dos polizones, y que vais a tomar sus órdenes.  
—¿Y dónde os encontraré después?  
—Mañana a la noche en Evans Tavern, en Covent Garden.  
—Allí me tendréis, dijo sir Edward: y se fue en seguida a tomar el tren de Calais.  
En cuanto a Marmouset y sus compañeros, todos se embarcaron en el paquete de las doce; y dos horas después estaban en camino para Londres.  
La audacia y la sangre fría de Marmouset habían acabado por inspirar entre conductores a miss Ellen. Así, también murmuraba ahora:  
«¡Oh! sí, empleo a creer que lo salvarémos.  
XVI  
Ahora bien, mientras que el detective Edward se dirigía a Calais, para de allí tomar por Douvres y Londres, Marmouset se había embarcado con Vanda y miss Ellen en Bolonia, había desembarcado en Folkestone, y tomado inmediatamente el tren de Londres.  
Milon había corrido a sus demás compañeros en el paquete de la mañana.  
Los sabemos que Milon, Marmouset y Vanda, con sus perfectos conocimientos de la policía, con toda perfección el inglés.  
A partir del momento en que pasaron el pie en el paquete inglés, estaba convencido que Vanda y miss Ellen por su parte, y Marmouset y Milon por otra, no se hablarían, y formarían dos grupos separados.  
En Folkestone, Vanda y miss Ellen, que pasaba por su crida y que estaba tan bien disfrazada, con su vestido de estameña y su pañolito normando, que el mismo lord Palmer no hubiera podido conocerla, Vanda y miss Ellen decidieron, entraron en el vagón reservado para las señoras.

Milon, al dejar a Bolonia había enmendado sin el menor escrúpulo su bella librea.  
Cuando llegaron a Londres, Vanda y miss Ellen bajaron en la estación de Cannon Street y Marmouset y Milon se dirigieron al tren que pasó dos veces sobre el Tamesis antes de llegar a Charing Cross.  
Vanda debía ir a vivir a una casa de huéspedes situada en la City, cerca del Post Office.  
Marmouset y Milon por el contrario, fueron a alojarse al Strand, al hotel de las Tres Coronas.  
Al desembarcar en el andén de la estación, Marmouset había contado siete u ocho polizones.  
—Esto habla con nosotros, dijo Vanda del lado de Milon.  
—¿Y qué debo decirle?  
—Nada, respondió sir Edward.  
—Ahora, escuchadme.  
—Vos vais a tomar por Calais, a desembarcar en Douvres y enviar de allí ese segundo telegrama. Después partireis para Londres y, apenas llegado, os presentareis en casa del reverendo Patterson.  
—¿Y qué debo decirle?  
—Que me habéis dejado en Douvres, vigilado por dos polizones, y que vais a tomar sus órdenes.  
—¿Y dónde os encontraré después?  
—Mañana a la noche en Evans Tavern, en Covent Garden.  
—Allí me tendréis, dijo sir Edward: y se fue en seguida a tomar el tren de Calais.  
En cuanto a Marmouset y sus compañeros, todos se embarcaron en el paquete de las doce; y dos horas después estaban en camino para Londres.  
La audacia y la sangre fría de Marmouset habían acabado por inspirar entre conductores a miss Ellen. Así, también murmuraba ahora:  
«¡Oh! sí, empleo a creer que lo salvarémos.  
XVI  
Ahora bien, mientras que el detective Edward se dirigía a Calais, para de allí tomar por Douvres y Londres, Marmouset se había embarcado con Vanda y miss Ellen en Bolonia, había desembarcado en Folkestone, y tomado inmediatamente el tren de Londres.  
Milon había corrido a sus demás compañeros en el paquete de la mañana.  
Los sabemos que Milon, Marmouset y Vanda, con sus perfectos conocimientos de la policía, con toda perfección el inglés.  
A partir del momento en que pasaron el pie en el paquete inglés, estaba convencido que Vanda y miss Ellen por su parte, y Marmouset y Milon por otra, no se hablarían, y formarían dos grupos separados.  
En Folkestone, Vanda y miss Ellen, que pasaba por su crida y que estaba tan bien disfrazada, con su vestido de estameña y su pañolito normando, que el mismo lord Palmer no hubiera podido conocerla, Vanda y miss Ellen decidieron, entraron en el vagón reservado para las señoras.

—¿Por qué?  
—Porque después de lo que sobre él he escrito al abate Samuel, se halla hoy a merced de los feniús, y lo mejor que hará será huir en seguida de Inglaterra.  
—Aquí llegaba Milon y Marmouset de su diálogo, cuando se presentó en la sala comedor donde se hallaban, un gendarme que parecía venir de viaje.  
—Buenas tardes, señores, dijo.  
—Y vino a sentarse a la mesa donde habían servido a los dos franceses un plato de roastbeef y un jarro de pale ale.  
Marmouset no era fanático, como sabemos perfectamente, pero había escrito al abate Samuel tomándole el título de amigo del Hombre gris.  
El gendarme desconocido vino pues a sentarse a su lado, y tomó la palabra en francés.  
—Boris sin duda, dijo la persona que el abate Samuel esperaba, ¿no es verdad?  
—Es posible, respondió Marmouset.  
El gendarme sacó una papeleta del bolsillo y lo entregó al joven.  
—Era una carta del sacerdote irlandés.  
Marmouset tomó conocimiento de ella, y guardándola, dijo:  
—Esta bien.  
—La podéis jugar, añadió el desconocido, que os esperábamos con impaciencia.  
—¿Por qué que estáis bien informados?  
—Si no han visitado vuestro equipaje, ¿cómo, etc., en esta última estación, es por que muchos de los muestros están empleados en la Aduna.  
—¿Ahí, ahí exclamó Marmouset.  
Y mirando fijamente al gendarme, añadió:  
—¿Parléis que estáis bien informados?  
—Habíamos enviado dos de los nuestros, uno a Calais y otro a Bolonia. Un despacho, escrito con frases de doble sentido e incomprensible para los profanos, nos informó a tiempo de que el traidor alemán se encontraba en una casa...  
—¿Es enteramente exacto?  
—Y luego a Newgate.  
Marmouset arrojó el entrecejo.  
—¿Es que el abate Samuel piensa no cumplir la palabra que me ha dado? exclamó.  
—El abate Samuel no falta jamás a su palabra.  
—Entonces, ¿qué pretendía hacer de sir James Wood?  
—¿Queréis decirme si: pero podéis descubrirlo si no le haré ningún daño.  
—¿Y lo podréis en un caso a mi disposición?  
—Está bien, dijo Marmouset. Permiidmeos acabar de cenar, y en seguida sabremos a qué punto y a qué hora iremos a la vista al prisionero.

Tenéis un medio pronto para sacarlo de Newgate?  
—Será negocio de un minuto.  
Marmouset y Milon cenaron en compañía del gendarme.  
Habían hablado tan familiarmente, los tres, que se habían entre ellos tal armonía, que las gentes de las Tres Coronas creyeron desde luego que se trataba de amigos antiguos, y no pusieron dificultad al último viajero un cuarto (cuando al de la noche) a la hora de ir a la cama.  
La famosa caja, en la cual habían practicado mercedos agujeros para que sir James Wood pudiese, fad descubierta en pocos instantes, y se abrió.  
El detective presentaba el aspecto de un catibazo. Milon, que, como sabemos, estaba doctísimo en fuerza, lo tomó en brazos, y lo cargó en un lecho.  
En seguida Milon destapó un pequeño frasco que había sacado de su bolsillo, y vertió algunos gotos de licor que contenía en los labios de sir James Wood.  
Un estremecimiento inmediato recorrió al prisionero, y abrió desmesuradamente los ojos.  
Marmouset le aplicó de nuevo el frasco a los labios, y dijo el licor en la boca.  
Algunos segundos después, sir James se movió, y se incorporó con aseo en la cama.  
Pero en seguida miró al gendarme, y se puso de pie.  
—¿Ahí dijo el desconocido en calma, ¿me reconocéis?  
—Sir James, dijo la cabeza y se puso a jugar con un acaído.  
XVII  
Marmouset dijo entonces a sir James:  
—Deponed todo temor: os halláis en mi poder, desde que un hombre que se llama Roscoe me ha enseñado a violar lazos tan firmemente, al lado de mi palabra.  
—Os he prometido protegeros efectivamente, en la condición de que os permitáis a tomar el té. ¡No os negaré eso!  
—¿Y vuestra palabra? si no tratáis de escapar, ¿no es así, gendarme?  
—Y Marmouset miró al desconocido.  
—Seguramente que no, respondió el fanático.  
—Os confío a este caballero, prosiguió Vanda, porque tengo necesidad de todo mi poder y de mi acción; pero el señor me da su palabra de que no tocará ni a un solo cabello de vuestra cabeza, ni a un solo diente de vuestros bigotes.  
—¿Y si os ataca?